

entregaré otro tanto, quedando aquí este joven, hasta que yo vuelva con el resto.

ANTILOCO.—¿Después de haber cumplido yo mi oferta?

PASTOR.—Sí, señor.

ANTILOCO.—Bien. Entregadme la primera mitad. ¿Sois interesado en este negocio? *(Al bufón.)*

BUFÓN.—En cierta manera, no soy extraño á él; pero tengo esperanza de que en este caso no me sacarán la piel.

ANTILOCO.—Eso se queda para el hijo del pastor. Mal rayo lo parta! Ya haremos que sirva de ejemplo!

BUFÓN.—No hay remedio, sino ir á ver al rey y revelar el extraño y secreto caso, para que se convenza de que no es vuestra hija ni mi hermana. *(A Antíloco.)* Señor; yo os daré tanto como este anciano, tan luego como haya concluído el negocio; y os serviré de prenda hasta que él regrese.

ANTILOCO.—Confiaré en vos. Caminad ahora hacia el mar, tomando á la derecha. Ya os sigo.

BUFÓN.—¿Qué bendición, el habernos encontrado á este hombre! *(Salen el pastor y el bufón.)*

ANTILOCO.—Si me diera la tentación de ser honrado, está visto que la fortuna no me permitiría caer en ella. Heme aquí agasajado con doble premio; oro, y los medios de hacer bien al príncipe mi señor. ¡Quién sabe el adelanto que esto habrá de traerme! Llevaré á palacio á este par de imbéciles, y si él cree que su queja no le concierne, los echará á tierra, y me llamará bribón; cosa que no es nueva para mí. Se los presentaré; puede haber en ello tela que cortar. *(Sale.)*

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Sicilia.—Habitación en el palacio de Leontes

Entran LEONTES, CLEOMENES, DION, PAULINA y otros.

CLEOMENES

Harto hicísteis, señor; basta ya; cumplísteis los deberes del arrepentimiento. No podéis haber cometido falta que no haya sido ya redimida; y en verdad que la penitencia fué superior á la culpa. Haced al fin lo que ha hecho el cielo; olvidad vuestro mal, y perdonaos á vos mismo como él os ha perdonado.

LEONTES.—Mientras me acuerde de ella y de sus virtudes, no podré olvidar mi delito ni el mal que me he causado á mí propio. Y cuán grave es, bien lo muestra que haya quedado sin heredero el reino, y yo sin la más dulce compañera en quien jamás hombre alguno haya fundado sus mejores esperanzas.

PAULINA.—Verdad, señor, harta verdad. Si pudiérais desposaros una tras otra con cuantas mujeres existen; ó tomar lo mejor de cada una para formar una mujer perfecta, no llegaríais á tener una igual á la que matásteis.

LEONTES.—También lo creo. ¿La maté yo? Sí; yo

la maté. Pero me hieres amargamente al decir esto; porque en tu boca es tan amargo como en mi pensamiento. ¡Ah! no lo repitas.

CLEOMENES.—Nunca, señora. Podíais haber usado lenguaje más conveniente y más conforme á la bondad del rey.

PAULINA.—Vos sois de los que quisieran verle casado otra vez.

DION.—Y si no lo deseáis vos misma, sin duda no compadecéis al Estado, ni el recuerdo de su soberana. Considerad un momento qué peligros pueden caer sobre el reino, por falta de sucesión, y cómo querrán devorarlo los extraños ambiciosos. Ella misma se regocijará de ello en su tumba; pues ¿qué hay más santo después de eso, que salvar la dinastía, buscar el propio alivio y el bien futuro del reino, dando al rey digna compañera?

PAULINA.—Ninguna hay bastante digna de reemplazar á la que fué. Fuera de esto, los dioses harán que sus secretos propósitos se cumplan. ¿No dijo el divino Apolo, que el rey Leontes no tendrá heredero hasta que la perdida niña sea recobrada? Y que esto suceda me parecería tan maravilloso como que mi Antígono saliera de su sepulcro para volver á mi lado, pues creo evidente que pereció con la infanta. Vuestro consejo se reduce á que mi señor contrarie la voluntad del cielo. (*A Leontes.*) No penséis, señor, en herederos; que ya tendrá alguno la corona. El gran Alejandro dejó la suya al más digno, seguro de que le heredaría el mejor.

LEONTES.—Buena Paulina, tú de quien me consta el grande honor en que tienes la memoria de Hermiona; ¡oh! si me hubiese conformado yo con tu consejo! No me faltarían ahora los dulces ojos de mi reina, ni el néctar de sus labios! Verdad; no hay otra como ella. Así, pues, no quiero tomar ninguna. Si una inferior á ella y mejor tratada, ocupara su lugar, volvería el espíritu de Hermiona á su cadáver

y aquí mismo exclamaría lleno de indignación: «¿Por qué me ofendes?»

PAULINA.—Y si tuviera tal poder, no le faltaría razón.

LEONTES.—Sí que la tendría y yo sería inducido á matar á la que hubiese tomado por esposa.

PAULINA.—Yo lo haría, á ser ella. Os invitaría á mirar sus ojos y á decirme por qué hechizo la habíais escogido; y luego lanzando un alarido cuyo eco no se borrara jamás de vuestra mente, diría: «Acuérdate de los míos.»

LEONTES.—Eran estrellas, verdaderas estrellas; y los ojos de las demás, carbones apagados. No temas que yo tome esposa: no la tomaré, Paulina.

PAULINA.—¿Juraríais, señor, no casaros nunca sin mi consentimiento?

LEONTES.—Lo juraría por la salvación de mi espíritu.

PAULINA.—Sed, pues, señores, testigos de este juramento.

CLEOMENES.—A mucho exponéis su fe.

PAULINA.—Hasta que pueda encontrar su vista á una que sea tan semejante á Hermiona como su propio retrato.

CLEOMENES.—Basta, señora...

PAULINA.—He concluído. Mas si deseáis casaros, señor, dadme al menos la comisión de escogeros una reina. No será tan joven como la primera; pero se le asemejará en términos que si volviera á la tierra su propio espíritu, se alegraría de verla en vuestros brazos.

LEONTES.—Mi fiel Paulina: nunca me casaré hasta que tú lo pidas.

PAULINA.—Eso será cuando vuestra primera reina vuelva á respirar. (*Entra un caballero.*)

CABALLERO.—Señor: uno que se dice príncipe Florizel, hijo de Políxenes, acompañado de su princesa (la más bella que he visto en mi vida), pide audiencia á vuestra augusta majestad.

LEONTES.—¿Qué tenemos que ver con él? No parece venir conforme á la grandeza de su padre. Su llegada exenta de la acostumbrada ceremonia, parece indicar que esta visita ha sido impuesta por necesidad ó por accidente. ¿Qué séquito trae?

CABALLERO.—Muy pocas personas y de pobre apariencia.

LEONTES.—¿Decís que le acompaña su princesa?

CABALLERO.—Sí. Es la más incomparable criatura de la tierra, que haya alumbrado el sol.

PAULINA.—¡Oh Hermiona! Así como cada tiempo se jacta de ser superior al que le ha precedido, así también tu sepulcro debe ceder el puesto á lo que aparece de nuevo. Vos, señor, habíais dicho y escrito que «la hermosura de la reina no era ni podía ser igualada.» Tal es el tenor de vuestros propios versos; y se aviene muy mal con lo que afirmáis ahora de haber visto otra mejor.

CABALLERO.—Perdonad, señora. Tenía ya casi olvidada á la mía (perdonad otra vez), y cuando hayáis visto á la otra, vuestros elogios igualarán á los míos. Es una criatura tal, que si quisiera fundar una secta, dejaría en la oscuridad el celo de todos los profesores; pues le bastaría para ganar prosélitos la simple insinuación de que la siguieran.

PAULINA.—Pues no sería así si se dirigiera á las mujeres.

CABALLERO.—Las mujeres la amarán, porque siendo mujer vale más que cualquier hombre; y los hombres, porque es la más extraordinaria mujer de todas.

LEONTES.—Id, Cleómenes; y acompañado de vuestros venerables amigos, traedlos aquí, que yo los abraze. (*Salen Cleómenes, señores y caballeros.*) Sin embargo, es extraño que se presenten sin previo anuncio y de tan singular modo.

PAULINA.—A haber vivido nuestro príncipe (aquella perla de la infancia) habría hecho una hermosa pareja con ese joven señor; pues entre el nacimien-

to del uno y el del otro, apenas hubo un mes de intervalo.

LEONTES.—Por favor, no más. Sabes que hablarme de él es para mí verle morir de nuevo. Sin duda



cuando haya visto á este caballero, tus palabras traerán de nuevo á mi memoria mi dolor. Ya llegan... (Vuelve á entrar Cleómenes con Florizel, Perdita, y séquito.) Príncipe, vuestra madre ha impreso en vos la fiel imagen de vuestro regio padre. Sois en tal grado copia suya, que si yo tuviera ahora veintidós años, os llamaría hermano, como le llamaba á él. Sed bienvenido de todo corazón, y también vuestra princesa, verdadera diosa, por su hermosura. ¡Ay de mí! que perdí una pareja que podía, como vosotros, erguirse y despertar la admiración por su gracia; y perdí también, por mi propia insen-

satez, la compañía y amistad de vuestro padre, á quien tanto deseo ver todavía en medio de mi desdicha.

FLORIZEL.—Por orden suya he arribado á Sicilia á presentaros los saludos y afectos que el monarca y el amigo pueden enviar á su hermano. El mismo habría atravesado el mar para veros, á no impedirselo su salud abrumada por los cuidados y afanes del trono; pero me ordenó deciros que os ama más que á otro rey alguno.

LEONTES.—¡Oh hermano mío! De nuevo se levantan en mi corazón los pesares de la injusticia que te hice! Y estos mismos bondadosos oficios tuyos, renuevan mi pesar. Sí, sed bienvenido ¡oh príncipe! como la primavera á la tierra. ¿Pero cómo ha podido arriesgar también á los peligros del terrible Neptuno, á esta maravillosa criatura, por saludar á un hombre que no merece tal sacrificio de su parte?

FLORIZEL.—Ella, mi bondadoso señor, viene de Libia.

LEONTES.—¿Donde el guerrero Sinalus, noble y venerado monarca, es tan amado y temido?

FLORIZEL.—De allí, señor; de allí donde con lágrimas en los ojos la despidió su padre. Favorecidos por el tiempo cruzamos el mar, y vinimos á Sicilia en cumplimiento de la orden de mi padre de visitar á Vuestra Alteza. De aquí he enviado casi todo mi séquito á Bohemia, para significar no solamente mi buen éxito en Libia, sino también nuestra feliz llegada á vuestra patria.

LEONTES.—Que los dioses hagan más puro y sano el aire de Sicilia mientras permanezcáis aquí. Tenéis por padre á un caballero, á un santo, contra cuya persona, sagrada como es, he pecado; y los cielos me dieron por castigo dejarme sin heredero: al paso que vuestro padre, mereciendo bien de ellos, ha sido bendecido con teneros á vos, que sois digno de él. ¡Oh! ¡Qué feliz no habría sido yo si hubiese

podido contemplar ahora á mi hijo y mi hija, semejantes á vosotros? *(Entra un noble.)*

NOBLE.—Noble señor: lo que debo deciros parecería increíble, si la prueba de ello no estuviera tan á mano. El rey de Bohemia en persona os saluda por mi boca, y desea que detengáis á su hijo, quien violando su dignidad y su deber ha abandonado á su padre y sus legítimas esperanzas, para huir con la hija de un pastor.

LEONTES.—¿Dónde está el rey de Bohemia? ¡Habla!

NOBLE.—Aquí, en la ciudad, y vengo de hablar con él. Mientras se apresuraba á venir (en persecución, según parece, de esta pareja), se encontró en el camino con el padre de esta pretendida señora y á su hermano, que habían abandonado el país junto con este joven príncipe.

FLORIZEL.—Camilo me hizo traición! Camilo cuya honradez había resistido hasta ahora á toda prueba!

NOBLE.—A él mismo podréis dirigir tal reproche, puesto que acompaña al rey, vuestro padre.

LEONTES.—¡Quién! ¡Camilo!

NOBLE.—Camilo, señor. Hablé con él, que se ocupa en interrogar á esos dos pobres hombres. Nunca he visto á dos pobres diablos temblar con tanto terror. El rey de Bohemia se tapa los oídos y los amenaza con el suplicio y la muerte.

PERDITA.—¡Oh infeliz padre mío! Los cielos están contra nosotros y no quieren que se celebre nuestro enlace.

LEONTES.—¿Sois casados?

FLORIZEL.—No lo somos aún, señor, y temo que no podremos serlo. Parece que los cielos y la tierra conspiran contra nuestra boda.

LEONTES.—¿Y es ésta, señor, la hija de un rey?

FLORIZEL.—Lo será luego que sea mi esposa.

LEONTES.—Y eso tardará mucho, á lo que veo, por la prisa que se ha dado vuestro padre. Aflígeme, sí, me aflige en el alma que hayáis incurrido en su

desagrado, olvidando vuestro deber; y no menos me apesadumbra el que vuestra elegida no sea tan rica en dignidad como en belleza, para que pudiérais gozar de su compañía.

FLORIZEL.—¿Por qué abatirte, amada mía? Aunque la Fortuna y mi padre se unan para perseguirnos, no pueden, no, alterar en un ápice nuestro amor. Os ruego, señor, que os acordéis del tiempo en que érais tan joven como yo; y en memoria de los afectos que teníais entonces, haceos mi abogado. Estoy seguro de que mi padre otorgará á vuestra demanda la cosa de mayor precio, como si nada fuera.

LEONTES.—Si así fuese, le pediría vuestra preciosa dama, á quien él mira, en efecto, como de ningún valor.

PAULINA.—Señor, llamea todavía en vuestros ojos el fuego de la mocedad, y os parece mejor de lo que es. Un mes antes de su muerte, la reina, vuestra esposa, valía más que ella.

LEONTES.—Pues en ella pensaba en el momento mismo de contemplar á esta joven. (*A Florizel.*) Pero no he respondido aún á vuestra petición. Hablaré á vuestro padre; y pues vuestros afectos no han mancillado la honra, los favoreceré como amigo. Para ello, dignaos seguirme. Venid, mi buen amigo.
(*Salen.*)

ESCENA II

Delante del palacio

Entran ANTILOCO y un caballero.

ANTILOCO.—Decidme, señor, os lo suplico: ¿estábais presente á lo que habéis referido?

CABALLERO 1.^o—Ví que abrían el saco y escuché al pastor referir el modo cómo lo había encontrado; después de lo cual, y en medio de la sorpresa y asombro que ello causó, nos hicieron salir á todos

fuera del aposento. Sólo alcancé á oír que el pastor había encontrado á la niña.

ANTILOCO.—¡Cuánto me alegraría saber el desenlace de todo esto!

CABALLERO 1.^o—No lo he dicho todo. El rey y Camilo soltaban exclamaciones de admiración profunda; y se miraban uno al otro, como si sus ojos no pudieran jamás saciarse de tal contemplación. Se puede decir que su silencio hablaba, y hablaban sus actitudes, según eran de expresivas. No parecía sino que oían hablar de todo un mundo rescatado ó destruído; tal era la intensidad de su asombro. Sin embargo, el más diestro observador no habría podido discernir si en el fondo dominaba la alegría ó el pesar. Lo indudable es que aquello era el extremo del uno ó de la otra. (*Entra otro caballero.*) Aquí viene otro caballero que felizmente sabe algo más que yo. ¿Qué noticias traéis, Rogero?

CABALLERO 2.^o—Que está cumplido el oráculo. Se ha encontrado á la hija del rey. Y os aseguro que hoy se han revelado tantas maravillas que no caben en una novela. (*Entra un tercer caballero.*) He aquí al mayordomo de la señora Paulina. El puede decirnos mucho más. ¿Qué tal, señor mío? Las noticias que tenemos son tan parecidas á una novela, que casi se podría sospechar de su verdad. ¿Es cierto que el rey ha encontrado á su heredera?

CABALLERO 3.^o—Ciertísimo, hasta dondè es posible que la verdad sea confirmada por todas las circunstancias. Hay tal unidad en las pruebas, que juraríais haber visto los hechos. El manto de la reina Hermiona; su medallón en el cuello de su hija; las cartas de Antígono, cuya letra es conocida, encontradas junto á ella; la natural majestad de la niña, que se asemeja á la madre; la nobleza que se revela espontáneamente por encima de su educación; y otros muchos indicios proclaman con entera certidumbre que es la verdadera hija del rey. ¿Presenciásteis la entrevista de los dos reyes?

CABALLERO 2.^o—No.

CABALLERO 3.^o—Pues habéis perdido una escena que era para vista, no para narrada. Habríais visto una alegría coronar á otra, en tal manera, que expresándose con lágrimas, se mezclaban estas á las que arrancaba á intervalos algún pesaroso recuerdo. Allí se confundían de tal modo las manos, las actitudes, las miradas de afecto, que sólo se podía discernir á los personajes por sus vestidos, no por lo vehemente de la expresión. Nuestro rey no cabía en sí de júbilo por el hallazgo de su hija; y como si esa alegría se convirtiera en dolor, exclamaba: «¡Oh! tu madre! tu madre!» Y luego pedía al de Bohemia que lo perdonara; y abrazaba á su yerno, y estrechaba de nuevo á su hija contra su corazón, y daba gracias al viejo pastor que permanecía allí absorto y como inmóvil resto de muchos reinados. Jamás, jamás he presenciado escena semejante, ni sería posible describirla en lenguaje alguno.

CABALLERO 2.^o—¿Y qué fué de Antígono, el que se llevó de aquí á la niña?

CABALLERO 3.^o—Corrió una suerte que parece también forjada para alguna novela. Fué despedazado por un oso, según refiere el hijo del pastor; á quien abonan además de su ingenuidad (que es mucha) el pañuelo y los anillos de Antígono, que Paulina ha reconocido.

CABALLERO 1.^o—¿Y qué se dice de la nave y los tripulantes?

CABALLERO 3.^o—Naufragaron en el momento mismo de la muerte de su señor, y á la vista del labriego; de manera que todos los instrumentos que sirvieron para exponer á la niña, desaparecieron en el instante en que ésta fué encontrada. ¡Qué noble lucha entre la alegría y el dolor sostuvo la digna Paulina! Por un lado, abatíala la pérdida de su esposo; por otro, la enagenaba de gozo el cumplimiento del oráculo. Levantó en sus brazos á la princesa y la abrazó como si hubiera querido prenderla so-

bre su corazón para que no volviera nunca á estar en peligro de perderse.

CABALLERO 1.^o—La solemnidad de esta escena era digna de reyes y de príncipes, como que tales fueron los actores.

CABALLERO 3.^o—Uno de los rasgos más conmovedores, y que por cierto hizo saltar mis lágrimas, fué cuando el rey confesó valerosamente y lamentó la muerte de la reina; á cuya narración la princesa pasando de un suspiro de dolor á otro, rompió al fin en una exclamación tan sentida y desgarradora, que en verdad hizo que me llorase sangre el corazón. Entonces, no hubo espectador de corazón de mármol que no palidciera; otros se entregaban á excesos de dolor; si el mundo entero hubiese presenciado la escena, el pesar hubiera sido universal.

CABALLERO 1.^o—¿Han regresado á la corte?

CABALLERO 3.^o—No. La princesa al oír que Paulina custodia la estatua de la reina, obra maestra del insigne escultor Julio Romano, que ha empleado muchos años en acabarla, se empeñó en verla. Si el artista hubiera tenido el poder de robar á la naturaleza el aliento y la vida, para infundirlos á su estatua, no habría producido una Hermiona más semejante á la verdadera; pues se siente uno irresistiblemente impulsado á hablarla, como si hubiese de responder. Allí se han encaminado todos, y creo que se proponen cenar allí.

CABALLERO 2.^o—Ya pensaba yo que Paulina traía algo muy importante entre manos; porque desde la muerte de Hermiona ha visitado privadamente dos ó tres veces cada día aquel secreto aposento. ¿No os parece que debemos ir y participar de aquel regocijo?

CABALLERO 1.^o—¿Quién, pudiendo, no iría? Hoy es el día en que cada mirada de las regias familias engendrará un favor; y nuestra ausencia nos expondría á perderlos. Vamos. *(Salen.)*

ANTILOCO.—Pues si no llevase yo ahora sobre mí

el estigma de mi vida pasada, sobre mí lloverían las distinciones como maná del cielo. Yo llevé al viejo pastor y su hijo al buque donde estaba el príncipe: le referí cómo les había oído hablar de aquel saco y de no sé qué cosas más; y á no haber estado su pretendida tan atormentada por el mareo, ni él mucho mejor que ella, durante casi todo el viaje, yo habría sido el descubridor de este misterio. Pero lo mismo da; porque en tal caso, el



hallazgo no hubiera estado en armonía con las hazañas de mi profesión. *(Entran el pastor y su hijo.)* Aquí vienen mis favorecidos contra mi voluntad, alumbrados por la brillante aurora de su fortuna.

PASTOR.—Vamos, muchacho. A mi edad ya no he de tener hijos; pero los tuyos serán todos caballeros de nacimiento.

EL HIJO.—Me alegro de encontraros, caballero. El otro día rehusásteis batiros conmigo porque yo no era caballero de nacimiento. ¿Veis este ropaje? Pues

decid ahora que no es mi porte el de un caballero y que no lo soy.

ANTILOCO.—Conozco que sois ahora, señor, caballero de nacimiento.

EL HIJO.—Y así lo creo yo hace cuatro horas.

PASTOR.—Y yo también, muchacho.

EL HIJO.—¿También vos? Pero yo he sido caballero de nacimiento antes que mi padre; porque el hijo del rey me asió de la mano y me llamó su hermano; y entonces fué cuando los dos reyes llamaron hermano á mi padre; y el príncipe mi hermano y la princesa mi hermana llamaron padre á mi padre; y nos fuimos á llorar... y fueron las primeras lágrimas aristocráticas que derramamos.

PASTOR.—Y podremos vivir para derramar muchas más.

EL HIJO.—Claro que sí.

ANTILOCO.—Perdonadme, señor, todas las faltas que he cometido respecto de vuestra señoría, y recomendadme al príncipe mi señor.

PASTOR.—Hazlo, hijo mío; porque ahora que somos caballeros debemos ser bondadosos.

EL HIJO.—¿Prometes enmendarte?

ANTILOCO.—Sí, cuanto plazca á vuestra señoría.

EL HIJO.—Dame tu mano. Juraré al príncipe que eres el mozo más honrado que hay en Bohemia.

PASTOR.—Bueno es que lo digas; pero no lo jures.

EL HIJO.—¿Cómo que no lo jure? Díganlo los villanos; yo lo juro.

PASTOR.—¿Si resultare falso?

EL HIJO.—Por más falso que sea, un caballero puede jurar por un amigo. Juraré que eres lobarioso y que nunca te emborrachas, aunque sé que nunca trabajas y que te emborrachas á cada rato. Pero juraré, y cuento que no me dejarás mentir.

ANTILOCO.—Haré, señor, cuanto esté en mi mano.

EL HIJO.—Hazlo; me asombra que te atrevas á emborracharte no siendo caballero. ¿Oís? Los reyes y los príncipes nuestros parientes van á ver el

retrato de la reina. Vamos. Síguenos; nosotros te protegeremos. (Salen.)

ESCENA III

Una sala en casa de Paulina

Entran LEONTES, POLIXENES, FLORÍZEL, PERDITA, CAMILO, PAULINA, nobles y séquito.

LEONTES.—¡Oh grave y buena Paulina! ¡Cuánto consuelo he recibido de tu mano!

PAULINA.—Señor, donde no llegaron mis actos, llegó el buen deseo. Habéis recompensado todos mis servicios; pero haberos dignado junto con vuestro regio hermano y con los herederos de vuestros reinos, visitar mi pobre casa, es una merced tan excesiva que no podré agradecerla bastante en toda mi vida.

LEONTES.—Oh Paulina! El honor que os dispensamos también os da qué hacer; pues venimos á ver la estatua de nuestra reina. Muchas singularidades hemos notado con sumo placer en vuestra galería; pero no hemos encontrado en ella lo que mi hija vino á mirar: la estatua de su madre.

PAULINA.—Así como fué sin igual en vida, así también lo es su imagen después de muerta: pues creo que excede á cuanto podáis haber visto labrado por la mano del hombre. Y por eso la conservo aparte y sola. Preparaos á ver tan cabal imitación de la vida, como lo es de la muerte el sueño más profundo. Pero, hela aquí: vedla y decid si está bien. (Descorre una cortina y descubre la estatua.) Me place vuestro silencio: él expresa mejor vuestro asombro. Pero hablad, mi señor: ¿no os parece idéntica?

LEONTES.—¡Oh! es ella misma. ¡Ah! Lléname de reproches, querida piedra, pero que pueda decir: *Es Hermione!* ¡Oh, no eres ella, puesto que no me

acusas ni te quejas! Porque ella era dulce y mansa como la infancia y como la bondad. Pero, Paulina, Hermione no era con mucho tan avanzada en edad como parece ésta.

POLIXENES.—¡Oh, no! ni con mucho.

PAULINA.—Tanto mayor mérito en nuestro artista, que deja pasar diez y seis años y la representa como si viviera en este mismo instante.

LEONTES.—Y como si hubiera venido á servirme de consuelo, tan grande, que iguala al dolor que tras-pasa mi corazón. ¡Oh! asimismo estaba, con esa vida llena de majestad (vida real, no insensible y helada como esta) cuando la tomé por esposa mía! Me avergüenzo de mí mismo. ¿Cómo no me rechaza este mármol, al ver que soy más duro que él? ¡Oh, regia estatua! No sé qué magia hay en ti, que ha hecho surgir todos mis recuerdos, y ha llevado tal suspensión al ánimo de tu hija, que absorta en contemplarte parece también una estatua como tú!

PERDITA.—Permitidme, y os ruego que no os parezca impulso supersticioso, permitidme que me arrodille é implore su bendición: Amada reina y señora, que dejásteis el mundo apenas entraba yo en él, dadme esa mano vuestra para besarla!

PAULINA.—¡Oh! cuidado. La estatua acaba de ser colocada, y los colores aún no están secos.

CAMILO.—¡Cuán profundamente ¡oh señor! se grabó vuestra tristeza, cuando diez y seis años no han podido borrarla! Apenas habrá durado tanto tiempo felicidad alguna; y sin duda ningún dolor tuvo tanta duración.

POLIXENES.—Querido hermano: consentid que aqael que fué causa de esto, pueda aliviaros de tanto pesar cuanto pueda tomar él para sí mismo.

PAULINA.—En verdad, mi señor, si yo hubiera pensado que la visita de mi pobre estatua (porque esta piedra es mía) os había de afectar en tal grado, no os la hubiera mostrado.

LEONTES.—No corráis la cortina.

PAULINA.—Si la miráis largo rato, vuestra fantasía os hará pensar que se mueve.

LEONTES.—Sea, sea. Desearía haber muerto, si no pensara... Pero ¿quién ha hecho esto? Decid, señor, ¿no diríais que respira? ¿y que por esas venas corre verdadera sangre?

POLIXENES.—Admirablemente ejecutado! Como si la vida diera calor á sus labios.

LEONTES.—Y el arte ha dado á los ojos tal expresión que parece como si se movieran.

PAULINA.—Correré la cortina. Mi señor está ya tan enagenado, que creerá ahora mismo que se mueve.

LEONTES.—¡Oh buena Paulina! Dejádme que lo crea así veinte años seguidos. Ninguna evidencia de los sentidos valdrá para mí en este mundo lo que el placer de esa ilusión. No cubras la estatua.

PAULINA.—Siento, señor, haberos conmovido tanto; pero podría afligiros más aún.

LEONTES.—Hazlo, Paulina; que tal aflicción es para mí como el más dulce cordial. Todavía me parece que exhala su aliento. ¿Qué cincel pudo jamás producir tal efecto? Nadie se burle porque quiero besarla.

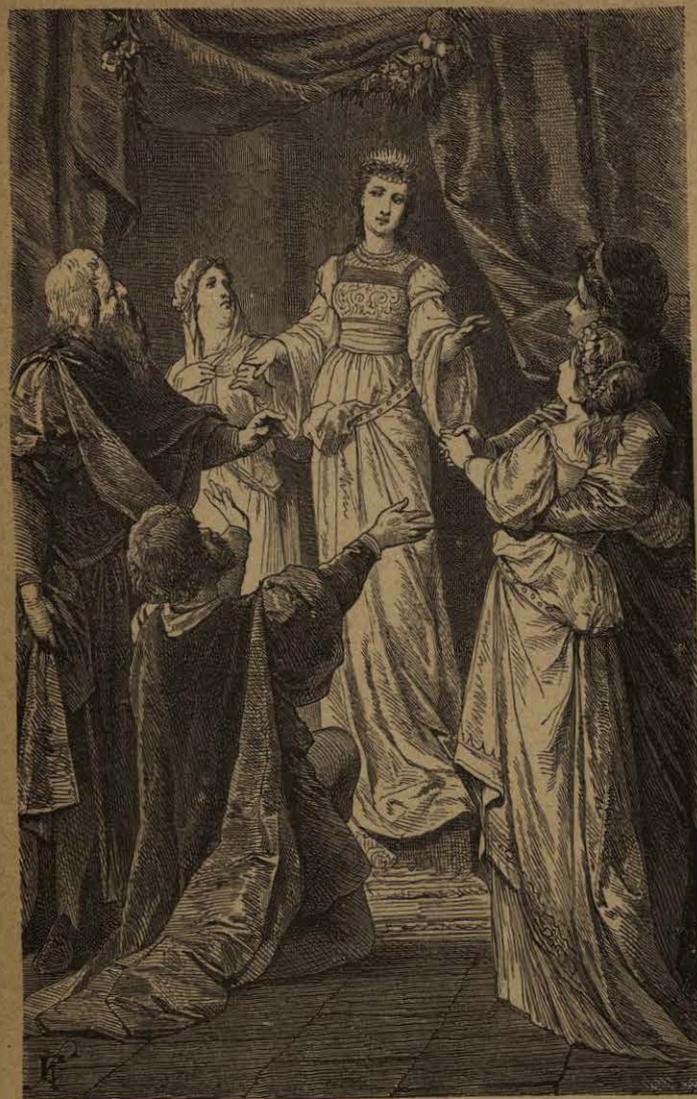
PAULINA.—Perdonad, mi buen señor. El carmín de la pintura de sus labios está húmedo, y lo echaríais á perder, fuera de que os quedaría en los vuestros la huella de los colores y el aceite. ¿Correré la cortina?

LEONTES.—No; no, en veinte años.

PERDITA.—Otros tantos estaría yo contemplándola.

PAULINA.—Pues dejad inmediatamente la capilla, ó preparaos para una sorpresa más grande. Si podéis resistirlo, yo haré que se mueva la estatua; pero pensaréis (y protesto contra ello) que me asisten los malos espíritus.

LEONTES.—Dicha grande será para mí ver lo que hagas y oír lo que puedas hacerla hablar; porque tan fácil sería hacerla hablar como hacerla mover.



PAULINA. ...Ya lo veis. Se muere

PAULINA.—Pero es necesario que despertéis vuestra fe. Permaneced todos quietos; ó que se alejen los que crean que hay mal en lo que voy á hacer.

LEONTES.—Empieza: no se moverá nadie.

PAULINA.—Música, despiértala. (*Suena la música.*) Es tiempo de que descienda y no sea ya una estatua. Acercaos y llenad de asombro á los que os contemplan. Yo llenaré el vacío de vuestro sepulcro. Moveos, venid. Devolved á la muerte vuestro silencio; pues la vida os redime para vuestro esposo. Ya lo veis... Se mueve. (*Hermiona baja del pedestal.*) No os sorprendáis. Sus acciones serán santas, como es veraz y honesto mi proceder. No os apartéis de ella, mientras no la veáis morir de nuevo; pues así la mataríais dos veces. Presentadle vuestra mano. Cuando era joven, fuísteis vos quien la solicitó: ahora es ella quien os demanda.

LEONTES (*abrazándola.*)—¡Oh! Siento su calor! Si esto es magia, sea lícita la magia.

POLIXENES.—Ella lo abraza ahora.

CAMILO.—Sí; si está viva, debería hablar.

POLIXENES.—Y manifestar cómo fué rescatada del sepulcro y cómo ha vivido.

PAULINA.—Si se os hubiera anunciado que estaba viva, os habríais burlado de ello como de un cuento de viejas. Aunque no ha hablado aún, ya veis que vive. Observad un momento. Dignaos, mi buena princesa, interponeros y arrodillaros para implorar su bendición. Volved, mi reina y señora; vuestra Perdita ha sido hallada.

(*Presenta á Perdita, que se arrodilla delante de Hermiona.*)

HERMIONA.—Dignaos mirarla ¡oh dioses! y derramad vuestras mercedes sobre la cabeza de mi hija! Dime, alma mía, ¿cómo has sido salvada? ¿dónde has vivido? ¿Cómo pudiste hallar la corte de tu padre? Has de saber que Paulina me informó del oráculo, y he querido vivir para ver su cumplimiento.